

Todos recordaban su sonrisa, su dulce firmeza. Murió a los cincuenta años —teólogo del Cuerpo Místico— en un bombardeo (1940) auxiliando sacerdotalmente a los heridos. Había nacido en Marche (Luxemburgo belga).

Como director espiritual —prefería hablar a jóvenes— fue acogedor y respetuoso: “ser lo que se es, lo mejor posible”. Como jesuita obedeció con todos sus recursos.

Su gran obra “Teología del Cuerpo Místico” —veinte años de investigación histórica, elaboración y contemplación— fué fruto de una intuición de sus años escolares. Síntesis ardiente y original, aportó interioridad al método teológico.

Elegimos una página sobre el dolor cristiano en su obra incompleta “Moral y Cuerpo Místico”. En esta nueva síntesis deduce el comportamiento cristiano de los dogmas de la gran actitud de Cristo.



**Emile Mersch**

## Dolor cristiano

NUEVO Y VIEJO

La lucha en Cristo ha llegado hasta la Pasión, hasta el sacrificio, hasta la muerte. Ha tomado sobre sí mismo todas estas consecuencias del pecado, para hacer de ellas los remedios del pecado.

Tal debe ser también nuestra actitud. Y quisiéramos detenernos aquí un instante: estamos ante la doctrina cristiana del sufrimiento, una de las joyas del cristianismo, uno de los grandes capítulos de la doctrina espiritual.

Remontémonos a los orígenes, a la Encarnación. Cuando Dios decidió hacerse hombre, la humanidad no era ya la maravilla salida de sus manos. Manchada y herida, como un gran enfermo, yacía sobre la tierra. Dios se apiadó de ella. No despreciando ni su obra ni la nuestra, se hizo hombre, no sólo en el sentido filosófico de la palabra, sino hijo del hombre, heredero del gravoso pasado humano, hombre en el sentido histórico y concreto del término. El ha tomado, por tanto, nuestras miserias y nuestros dolores. Y ocupan en nuestra vida un lugar tan extenso y tan justo porque, al asumir verdaderamente el linaje de Adán, el Verbo los asumió también.

El los ha tomado, y ha dejado que la oleada inunde su alma hasta el fondo.

No se refugió, para esquivarlos, en una dureza estoica; ha querido sentir todo el desorden que agita nuestra carne y nuestra alma ante ellos; ha aguantado a pie firme, como hombre, el dolor de los hombres.

Pero el dolor humano, así representado en el Verbo Encarnado, ha sido transformado. Porque formaba una unidad con Dios, ha adquirido un valor divino; y el que era antiguo vestigio del pecado, ha llegado a ser ~~contraveneno~~ principio de vida superior.

Conserva su valor en nosotros por nuestra unión con Cristo.

Sufrir no es para nosotros, únicamente, la condición de hombres y de pecadores. Es una vocación sobrenatural. Se dice que el hombre nace para el sufrimiento como el pájaro para volar; y el cristiano, como Cristo, nace para sufrir y morir. La vida que él recibe en el bautismo es, por esencia, una vida destructora, y destructora de todo lo que en él es pecado, de todo el hombre viejo que en él existe.

Esta nueva vida se nutre de mortificación. Su instinto de conservación, su voluntad de crecer, por una especie de paradoja, se expresa en "un intenso cuidado de buscar su mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles".

No es, por lo demás, necesario, para cumplir en cristiano la función de sufrir, distender la propia alma en esfuerzos sobrehumanos. Al contrario: la paciencia debe ser humana, como lo fue Jesucristo. Inútil pretender que las torturas no hagan daño. Inútil también pretender endurecerse por encima de las propias fuerzas. Que cada hombre sufra con su propia resistencia; es la humanidad concreta, formada por los fuertes y por los demás, la que está unida a Dios en Cristo. La suerte de muchos será llevar la cruz sin grandeza, añadiendo al dolor de llevarla la vergüenza de llevarla mal. Lo esencial es que habiendo llevado cada uno su parte, y a su manera, el Cuerpo Místico de Cristo da su plenitud, su pleroma a los dolores redentores del Jefe.



Nos preguntamos incluso si no es necesario avanzar todavía más, y si lo esencial, cuando Dios quiere que se sufra, no será simplemente el mismo sufrir. Esto, evidentemente, no es más que una opinión que proponemos de paso, pero se desprende tan íntimamente de las ideas expuestas en estas páginas que no podemos silenciarla.

Queremos decir que los actos de positiva aceptación, de paciencia, de amor doloroso, cuando el dolor nos muerde, son sin duda muy saludables y misteriosos. Estos son ya en sí mismos meritorios como tales actos, pero diferentes del mismo dolor. ¿Son quizás necesarios para que nuestro sufrimiento tenga algún resultado redentor? ¿No bastaría con que sufriésemos sin rebelión positiva, para que, si estamos en gracia y aun, en cierto modo, aunque ella nos falte, nuestro sufrimiento expíe verdaderamente los pecados por su unión a los padecimientos de Cristo?

La manera de expresarse el dogma cristiano sobre la muerte y pasión de Jesús, parece indicar que en sí mismos, abstracción hecha del intenso amor y adoración que ellos han promovido, tienen una eficacia considerable en la obra de la redención. ¿No podría decirse también, salvadas las distancias y en la medida en que estén unidos a Cristo, que nuestros dolores han sido ofrecidos a Dios en El por la salvación del mundo, sobre todo en virtud de la manera misma en que Cristo ha padecido?



La dignidad de Cristo constituye, por participación, la nuestra. Cuando el cuerpo de un hombre sufre, cuando un alma humana es torturada, esto no es nada a los ojos de Dios. El que nos ve, nos elige y nos ama en su Hijo hecho carne, no abre fisura ninguna entre aquellos que El ha unido. Los dolores que soporta nuestra carne son la prolongación y el complemento de los del Salvador. Es Cristo, según el testimonio del mismo Jesús, quien es atormentado en la Iglesia perseguida. (...)

En el purgatorio, los dolores expían por sí mismo, "per satisfassionem". ¿No podrán producir, durante esta vida, algo semejante en nosotros, tanto más que en algo tan costoso como el sufrimiento, conviene notarlo, la mera ausencia de rebelión es ya un acto de la voluntad bien dispuesta? (...)

Sea lo que fuere de esta opinión, que dejamos a juicio del lector, es cierto, en todo caso, que en la conquista de la santidad, el dolor debe jugar un papel importante. La imagen más frecuente que Dios nos muestra de Sí mismo, en la Iglesia, es el crucifijo; y el alimento de la vida sobrenatural es la víctima, la hostia, de un perpetuo sacrificio: vivimos constantemente de muerte, tanto como de pan.

*"Morale et Corps Mystique" c. II, Incarnation et doctrine spirituelle: Soteriologie.  
Desclée. Paris 1937 p. 98-101.*

